

SOY CATÓLICA PORQUE
LA FE EN ESTA RELIGIÓN
ES LO QUE MI MADRE Y MI
PADRE SÍ PUDIERON DARME

Lourdes Raymundo Sabino

En efecto, “[l]a Iglesia católica no nos reconoce a las mujeres la autoridad moral para tomar decisiones [prácticamente en ningún ámbito de la vida], ni nos permite ser sacerdotes...” o sacerdotisas. Entonces, ¿por qué sigo siendo católica? Intentar dar respuesta a esta pregunta me parece en sí mismo un proceso profundo y complicado, pero trataré de explicitar los motivos que me han llevado a considerarme católica, a partir de mi historia de vida, ya que es sólo en ella como puedo encontrar mi propia contestación. De igual forma, daré mis motivos personales respecto a lo que me mantiene en la Iglesia, pues intentar contestar eso es aún más complejo y no pretendo que mi experiencia se lea como una generalización.



¿Por qué sigo siendo católica? Es una pregunta muy interesante y he de confesar que me ha acechado en múltiples ocasiones, y por diversas confusiones más que razones había rehuído contestarla o, por lo menos, detenerme a pensar en ella. Sin embargo, con todos los cuestionamientos y miedos que implica para mí directamente responder esta pregunta, quiero intentarlo.



Ana Fernanda es un nombre que me hubiera gustado tener, aunque no me disgusta mi nombre real. Soy una mujer de veintisiete años de edad, originaria de una comunidad indígena tlahuica del Estado de México, y me encuentro en búsqueda de empleo luego de haber terminado una maestría que inicié al no encontrar trabajo cuando terminé los estudios de licenciatura. Me considero católica debido a los principios que mi familia me ha inculcado desde siempre. También me asumo como feminista, ¿es contradictorio? Seguramente, pero ¿qué no lo es? Me parece que, como muestra de las contradicciones que nos vamos encontrando en la vida, surgen las interrogantes que enmarcan el objetivo de la convocatoria a la que hoy atiendo, y es en estas condiciones generales desde las cuales elaboraré mis respuestas.



Me considero católica por los principios y valores que mi familia trató de inculcarme desde mi niñez, lo que no está separado de las normas bajo las cuales crecí o debí crecer en mi comunidad. Haber nacido mujer y vivir con mi familia en mi comunidad me llevó directamente a acatar determinadas formas de comportamiento, dentro y fuera de la casa de mi padre.

Soy la hija número seis de un total de once hija/os de mi madre y mi padre, pero no todas ni todos vivimos, dos de mis hermanos que serían mayores y una hermana que sería menor que yo, murieron. No recuerdo haber conocido ni convivido con mis abuelas ni con mis abuelos, pero mi mamá me ha contado que aún no morían cuando yo nací.

Recuerdo que, desde que era niña, mi padre le prohibía salir a mi mamá y también a nosotras, sus hijas. A mis hermanos tampoco los dejaba salir mucho de la casa, pero

salían. Lo que tampoco olvido es que mi padre toda la vida nos gritó, regañó, insultó y golpeó; tanto a mi mamá como a mis hermanas, hermanos y a mí. Tengo pocos recuerdos de mi padre sobrio. No sé a dónde iba, pero no siempre lo veía, y cuando estaba en la casa, su casa, como él nos lo reiteraba, la mayoría de las veces estaba borracho y aprovechaba estos momentos para humillarnos.

Hoy puedo entender que detrás de las prohibiciones, regaños, golpes y, en menor medida, consejos, sobre todo de mi padre, había implícito un discurso religioso desde el cual se me exigía siempre ser “buena hija”, “buena hermana” y “buena mujer”; cuyo contenido de fondo, considerando mi contexto, hacía referencia a que, por ser mujer, siempre debía estar disponible para servir a los demás. No obstante, pese a esta función de servicio y de compañía que se me exigía cumplir —no sólo en mi niñez, sino para siempre—, desde hace ya diez años dejé de vivir con mi familia y me fui de mi pueblo. Esto no significó que dejara de practicar algunos rituales que envuelven la religión católica, como el ir a misa.

Sigo siendo católica no porque asuma sin cuestionar la religión y los principios católicos con los cuales crecí, sino porque, a pesar del daño que mi padre y otras personas me han hecho —y que yo he aceptado por sus amenazas supuestamente fundamentadas en que debía ser buena con todos y así estar bien ante los ojos de Dios—, tengo fe en algo que considero superior y que me ha ayudado a vivir. Por lo tanto, no creo en la Iglesia católica ni en lo que profesa, y menos aún creo en sus autollamados “representantes”. Mi fe, que puedo nombrar como católica, descansa en Dios, una deidad que sobrepasa lo que se puede considerar humano. Creo en Dios, pero lo pienso como una deidad en abstracto, lo que no significa que venero a un Dios pensado en lo que en la tierra se entiende como masculino.

Entonces, me considero creyente en un Dios y en santas y santos que están envueltos en el catolicismo, pero no quiere decir que tenga una fe ciega y sumisa ante la religión católica o ante sus supuestos representantes.



En más de una ocasión, desde mi niñez, a solas en la casa de mi padre, he cuestionado a Dios por la infinita bondad que le adjudican. Le he dicho con gritos ahogados, le he preguntado con el pensamiento y hasta en mis sueños que si él es tan bueno y poderoso, ¿por qué no hacía de mi padre una buena persona? ¿Por qué mi papá nos hacía daño? ¿Por qué no podíamos vivir tranquilas/os y tener siempre qué comer? ¿Por qué no teníamos permiso de mi padre para jugar y por qué mi mamá no podía salir? ¿Por qué mi padre no nos dejaba estudiar?, ¿por qué él no se acordaba de cuándo era nuestro cumpleaños y por qué no nos festejaba? ¿Por qué, cuando caíamos, mi padre se acercaba a nosotras/os no para consolarnos, sino para golpearnos más, “para que se nos quitara lo pendejo”?

He preguntado a Dios sobre éstas y muchas otras situaciones. Particularmente, durante varios años se convirtió en una especie de tormento constante para mí pensar en por qué ni mi mamá ni mi papá me decían “te quiero”. Sobre todo, siempre esperé escuchar estas palabras de mi padre, pues para él era evidente que yo “no valía nada”, y que por ser mujer era yo “una mierda”, como me lo repitió tantas veces. Hasta la fecha, ni ella ni él me han dicho “te quiero”, aunque de él ya no lo espero, y si bien mi madre no me lo dice, me lo demuestra.

Aunque Dios no me ha dado respuestas explícitas ni puntuales —o no las he visto—, sigo cuestionándolo, aunque

no pienso que Él, maliciosamente, me haya destinado a vivir bajo éstos y otros tipos de violencia. Pienso que hay posibilidades de que el comportamiento de mi padre y el que demandaba de mí, de mi madre, de mis hermanas y de mis hermanos estén relacionados con supuestos de la religión católica, pero no culpo a Dios de ello, por el contrario, pienso que gracias a mi fe en Él es como he podido seguir adelante, y no como se dice: "poniendo la otra mejilla", sino reflexionando y tratando de encontrar sentido a lo que pasa.

Explicar las maneras en que la fe en Dios y en algunos santas y santos me ha ayudado a salir adelante es muy difícil y no creo lograrlo, pero permítaseme remitirlos a ciertas experiencias en particular en las que me sentí auxiliada por esta fe.

En mi opinión, la casa de mi padre no tiene mayor estética ni gran lógica de construcción. Tenía dos cuartos en hileras y una cocina al lado con la que se formaba una escuadra. Sobre los cuartos hay otras dos habitaciones; en una de ellas dormían mi madre, mi padre y el o la bebé de que se tratara en cada momento. En la otra dormía una de mis hermanas, y abajo, en el cuarto junto a la cocina, dormíamos una de mis hermanas, uno de mis hermanos y yo. En el patio había una pileta para almacenar agua, un baño y un escusado, y al final del patio, otros dos cuartos, en uno de los cuales dormía otro de mis hermanos. Si hacemos cuentas, no sumamos el total de hermanas y hermanos vivos, porque no todas/os vivieron ahí siempre.

En el cuarto restante del final del patio, mi papá y mi mamá tenían un altar que ocupaba prácticamente una pared, repleta de cuadros e imágenes religiosas que compraban en las ferias o que les regalaban algunas/os vecinas/os. Tanto mi mamá como mi papá se encargaban de que diario, a menos que no hubiera dinero, alguno de nosotras/os fuera a

comprar una veladora para prenderla cada noche en el altar. A veces teníamos que ir a encenderla ya entrada la noche; otras, mamá o papá nos acompañaban. Estando ahí, a veces rezaban un Padre Nuestro o un Ave María en voz baja, otras sólo miraban en silencio y con atención alguno de los cuadros, suspiraban y al final se persignaban y nos pedían que hiciéramos lo mismo. Así fue como aprendí a persignarme, a rezar y, supongo, a ser católica, a creer en Dios y en las y los santos.

¿Por qué mi mamá y mi papá tenían tantas imágenes y cuadros religiosos? A mí me parecía que eran bastantes, sobre todo porque yo tenía que limpiar cada imagen, cuadro o estampa cada fin de semana al menos, y me molestaba hacerlo, no por el hecho en sí, sino porque no podía jugar y señalar esto porque tenía que hacerlo desde muy pequeña, tal vez desde los seis años. Me molestaba que fueran tantos porque me tardaba mucho en sacudir y limpiar. Algunas veces sentí miedo de estar ahí entre tanto santo, y otras, me sentía contenta. Ahora puede ser risible, pero en su momento me imaginaba de cosas, y temía que las imágenes pudieran cobrar vida, y todo esto era porque, religiosamente (valga la expresión), cada año, en Semana Santa, veíamos las películas *La pasión de Cristo* y *Marcelino, pan y vino*. Algunas veces, e incluso recientemente, me he soñado escondida entre sombras, en calles oscuras con casas y edificios derruidos, y desde algún lugar puedo ver algunos santos caminar por esas calles.

Respecto a la cantidad de imágenes, mi mamá y mi papá las habían juntado porque desde jóvenes ella y él habían encabezado mayordomías en varias ocasiones, sobre todo del Señor de Tepalcingo, patrón de Tepalcingo, Morelos, pero ya no lo eran. Mi mamá casi no salía porque mi padre no la dejaba, y él no se relacionaba mucho con la gente más que para embriagarse.

Varios años fuimos en familia a Tepalcingo y ahí dormíamos sobre petates de palma en el patio de tierra de una posada. Antes de irnos mi mamá y mi papá tenían que buscar unos “caseros”, una pareja que pudiera quedarse a cuidar la casa mientras regresábamos de lo que llamamos siempre la feria o la fiesta de Tepalcingo o de Tepalcinguito. “Los caseros” debían no sólo cuidar la casa, sino también encargarse de hacer los preparativos para nuestro regreso, que consistían en coordinar a las señoras y los señores que mi mamá y mi papá habrían visitado con anterioridad para que hicieran comida y acomodaran mesas y sillas en la casa para, que cuando regresáramos junto con los que habían ido a la fiesta a Tepalcingo y la gente que se quedaba en la comunidad, nos acompañaran a comer y a beber.

Los caseros debían encargarse de que todo esto estuviera a tiempo y de hacer algunos adornos para decorar el altar, del que ya hablé, y el de Los Fresnos. Los Fresnos es un lugar en el monte entre mi pueblo y el pueblo vecino, donde mi papá junto con sus “brazos” (o brazos) mandaron poner un techo de tejamanil que cubría una especie de barra de cemento, y sobre ella tres cruces de madera, donde descansaban los nichos que contenían tres imágenes del Señor de Tepalcingo. Los Fresnos es una pequeña loma, generalmente cubierta de hierba y árboles, por lo que era labor de los caseros deshierbar para que pudiéramos caminar por ahí.

Los brazos/brasos son también como mayordomos, pero socialmente tienen un rango menor y gastan menos dinero que ellos. Mi padre como mayordomo tenía que organizar el viaje a Tepalcingo, cuándo ir, cuándo regresar, y en varias ocasiones también llevaba a otras personas además de nosotras/os y de las/os brazas/os. Atendiendo a una división sexual y social del trabajo, mi mamá tenía que encargarse de que, antes de irnos, todas las cosas necesarias para que

los caseros cumplieran con su encargo estuvieran compradas y en la casa. Ya en Tepalcingo, ella llevaba unos braseros y brazas para cocinar en el patio de la posada, una olla grande de color azul (bien que la recuerdo), y preparaba café negro para todos los que íbamos y los que querían desayunar con nosotras/os, fueran o no de nuestra comunidad. Mi papá, mientras tanto, sólo o con alguna/o de mis hermanas/os, iba a comprar una o más bolsas grandes llenas de cocoles para compartir con todas/os ahí.

Mi mamá y sus brazas no sólo debían preparar el desayuno, sino las tres comidas del día durante la estancia. Esta experiencia, en cuya narración he abundado un poco, me genera añoranza no sólo porque podíamos salir de la casa, sino porque —aunque hasta la fecha no entiendo la causa— mi padre se portaba generalmente bien en estos días. No nos gritaba, no nos pegaba y no nos decía que nos quería, pero recuerdo que frecuentemente nos tomaba de la mano, nos compraba algún dulce y algún juguete, lo que no pasaba cuando estábamos en casa. Mamá, pese a todo el trabajo que tenía y con el que debíamos ayudarle, se miraba más tranquila, simplemente porque no tenía la tensión de que en cualquier momento mi padre fuera a pegarle.

Este tipo de experiencias son las que le dan significado a mi pasado y me permiten posicionarme en el presente y proyectarme en el futuro desde mi fe, pues de no haber nacido en mi comunidad y tenido una mamá y un papá mayordomos y si no me hubieran educado bajo estos preceptos propios de la práctica católica en mi contexto, simplemente no hubiera podido siquiera tener conocimiento de estos sucesos, pero tampoco hubiera vivido estos pocos momentos con mi padre ni hubiera visto la tranquilidad en los ojos de mi madre; y hoy no podría rescatar estos momentos y guardarlos para mí, para siempre. Por esto sigo siendo católica.

Mi mamá estaba más tranquila, pues la presión no era emocional sino más bien operativa en esos días. Lo malo era que siempre, al regresar, mi padre volvía a su conducta de costumbre, es decir, violenta. Sin embargo, atesoro esos momentos de mi pasado que habrían sido inexistentes si no hubiera crecido con ella y con él en mi comunidad.

Aunado a lo anterior, en esas fiestas mi padre era algo cariñoso y no bebía alcohol. De hecho, casi ningún hombre lo hacía, por lo que había no sólo momentos de cohesión familiar, sino de cohesión social, lo que habría sido imposible sin la unidad y la organización que demandaba la mayordomía del Señor de Tepalcingo.

Otra cuestión que quiero mencionar —y en contraste con las “ventajas” de ser la hija de la mayordoma y el mayordomo—, es que mi vida estuvo marcada por la violencia hacía mi familia por parte de mi padre. En este sentido y en relación con el catolicismo, muchas veces tuve miedo de que mi padre me golpeará cuando lo oía llegar, y de antemano sabía que golpearía a mi madre. Fueron muchas las ocasiones en las que me escondí debajo de las escaleras o de la mesa, o que estuve en la cocina sin hacer ruido; otras veces nos quería ver ahí, frente a él, en la cocina, porque decía que ahí debíamos estar por ser mujeres. Sin embargo, pude escapar de eso y de mi impotencia de defenderme físicamente corriendo al cuarto que estaba junto al altar, donde dormía mi hermano, pues no era un lugar en que mi padre me buscaría. El punto es que ahí había un reloj en el cual se enmarcaba una gran estampa del Sagrado Corazón de Jesús y ahí me paraba yo, frente a Él y le decía cómo me sentía. Lo miraba a los ojos y, en su momento, podría jurar que me escuchaba y me hablaba. No sé qué pasaba, pero luego de unos minutos ahí, pese a que las cosas no habían cambiado con mi padre, me sentía más tranquila y con la fuerza de, por lo menos, gritarle que nos dejara en paz.

Fruto de estas “escenas” cotidianas de violencia, cuando estaba a punto de terminar mis estudios en la secundaria mi padre golpeó a mi mamá. Al regresar de la escuela, ella no estaba. Sólo estaba él, borracho, maldiciéndola y repitiendo que ella tenía que volver porque sin él no era nada. Yo sólo quería salir de ahí, sentía que lo odiaba y no soportaba verlo ni escucharlo más.

Supe que mi mamá se fue a la casa de una vecina. Al otro día, pese a que mi padre me dijo que ya no fuera a la escuela porque, al ser mujer, mis estudios le representaban una “mala inversión”, me fui a clases. A la hora del receso pasé a la primaria por mi hermano y fuimos a buscar a mi madre a la cabecera municipal, pues ya otro de mis hermanos me había dicho a dónde se había ido.

Ahí vi a mi madre como nunca, con la cara desfigurada, morada e inflamada por los salvajes golpes de mi padre. No supe qué hacer. Sentí una enorme presión en el pecho y odié a mi padre más que nunca. Desde mi interior le pregunté a Dios por qué no mejor se lo llevaba y así nos dejaba vivir. Fue tanta mi impresión, que ni siquiera pude llorar. No quise tampoco abrazar a mi madre, porque sentía que aun cuando la tocara suavemente, le causaría más dolor.

Sentí tanta vergüenza de ser la hija de ese señor (mi padre) y me daba tanta pena que mi hermano con el que iba tuviera que verla así —nunca le pregunté qué sintió ni le he preguntado si lo recuerda—, que me acobardé totalmente y me paralicé. Ahí estaba mi madre, sentada a la orilla de la cama en la casa de sus padrinos de bautizo, únicas personas a las que podía acudir con relativa confianza. Estaba sentada con mi hermana menor en brazos y, pese al dolor que sentí de verla en ese estado, dolor que seguramente se potenció en ella, le pregunté cómo se sentía. “Mejor”, me dijo, y quise salir corriendo y gritando de ahí. “¡Dios mío!, cómo puede

sentirse mejor si está tan lastimada”, lo cuestioné nuevamente, ¿por qué permitía que eso pasara?

No hice más que acercarme a ella. Le pregunté por mi hermanita y, finalmente, la abracé con cuidado. Pude ver que había cierto grado de alegría en su mirada por vernos. No obstante, no tardamos mucho ahí porque, aunque mi padre supuestamente no sabía dónde estaba, lo cierto es que nos espiaba, y según yo, para no ponerla más en riesgo, le dije a mi hermano que nos fuéramos para regresar dentro del horario establecido en la escuela.

Todavía pasé a ver al orientador en la secundaria, quien me preguntó si quería hablar. Le dije que no y mencionó: “Si no quieres hablar, no lo hagas, pero un día de éstos vas a explotar porque te guardas muchas cosas”. Le agradecí por darme permiso para salir de la escuela en horario de clases. Caminé rápido y toda tensa hasta la casa de mi padre.

Estaba indignada, pero además me sentía perdida. Por un lado, no quería que mi madre volviera con mi padre, quien en ese entonces era para mí un monstruo; pero, por otro, no sabía cómo llegaría al otro día a clases y me preocupaba cómo me verían mis compañeras/os. Es absurdo, lo sé, preocuparme por esto; era lo último por hacer. La vida de mi madre estaba en peligro y yo pensando estúpidamente en el qué dirán. Me avergoncé de esto y lo sigo haciendo. Sin embargo, al otro día fui a clases y no bajé la mirada en ningún momento ni titubeé ante nadie.

No recuerdo dónde estaba mi padre, pero al regresar a la casa me encerré en el baño, estuve llorando por horas a solas. Le pregunté a Dios por qué nos hacía eso, qué habíamos hecho para estar en esa situación. ¿No había ya sufrido mi madre lo suficiente como para tener que aguantar eso? Me enojé y le dije: “Por este tipo de cosas es que tanta gente deja de creer en ti. Déjame entender y encontrar una salida”.

Llorar y reclamarle a Dios por lo que pasaba no mejoró realmente nada, pero me sirvió como desahogo. Días después supe que mi mamá había demandado a mi padre y lo citaron para hacer un juicio. Pensé que todos nos iríamos con mi mamá y dejaríamos a mi padre, pero no. El juez en turno había dicho antes que no había problema con que todas y todos viviéramos con ella, pero el día del juicio le dijo a mi mamá que si quería irse, que se fuera, pero que se iría sola. Si quería volver a vernos, tendría que regresar a vivir con mi padre. ¿Qué pasó? Mi padre sobornó al juez para cambiar las cosas. Desde entonces descubrí que había que tener mucho más cuidado con los pretenciosos hombres racionales de ley, que con Dios.

Una terrible indignación me invadió, pobre de mi madre que tuvo que regresar con el ridículo de mi padre que, cuando fue por ella a la casa de sus padrinos, le llevó un ramo de rosas, le pidió perdón y le prometió que no volvería a pasar. Mi madre volvió no porque no supiera que él mentía, sino porque no quería dejarnos, y porque tampoco tenía redes de apoyo.

Vivimos más o menos tranquilos varios días, pero de nuevo las cosas se pusieron mal. Pocos años después, mi papá le dijo alguna grosería a mi madre, ofensiva sí, pero no “tanto” como lo había hecho en otras ocasiones. Ella simplemente estalló, tomó la tabla para picar verduras y golpeó a mi papá en la cabeza. Lo dejó un tanto inconsciente; ella abrazó a mi hermana más pequeña y tomó de la mano a mi hermano menor y salió corriendo de la casa. Fue a la casa de mi hermano mayor y de ahí no salió. Desde entonces no ha vuelto con mi padre. Ella volvió a denunciarlo y él tenía que firmar un acta de separación, pero él no quiso.

¿Qué tiene que ver la religión católica con todo esto? La violencia que ejercen los varones en contra de las mujeres es

una terrible acción que se ha naturalizado como costumbre normal, en parte, porque se ha interiorizado la idea de que las mujeres son una posesión de los varones. Las mujeres no somos propiedad de nadie, sólo nuestra, pero no debemos acatar ciegamente lo que la gente nos dice acerca de lo que está bien o mal ante Dios. Que el hecho de que mi mamá pudiera preguntarse sobre esto, es lo que le ha permitido a ella, a mí y a mis hermanas y hermanos seguir adelante, dándole un significado diferente a nuestro pasado, uno que no está definido por la violencia de mi padre, sino por cada una/o de nosotras/os.

No creo que Dios haya predestinado a mi padre para hacernos daño. La decisión de tratarnos mal descansa en mi padre y no en Dios. En ocasiones es necesario separar las cosas, las personas y las creencias, pues no siempre todo se relaciona ni determina por todo; hacer estas separaciones me ha funcionado para entender por qué, fuera de enojarme con Dios o rechazar la religión católica, puedo mejor reencontrarme con Dios desde mí misma.

Quiero cerrar este apartado sobre las experiencias con algo un poco más amable, por lo menos para cerrar un ciclo en mi memoria. Soy católica porque si bien mi familia es pobre, y por lo tanto yo también, creer en Dios es algo que mi madre y mi padre sí me dieron. No me dieron siquiera los bienes materiales para vivir, no me dieron abrazos cuando los necesité, no me dijeron te quiero, pero me dieron experiencias en las cuales he encontrado los elementos necesarios para vivir, para defenderme y para posicionarme en la vida. Por todo esto sigo siendo católica, porque desde los valores inculcados con base en esta religiosidad, me encuentro con mi mamá y con mi papá. Sigo siendo católica y quiero seguir siéndolo porque deseo conservar para mí y para siempre algo único de ella y de él, algo que nadie más pudo haberme dado y que

nadie podrá dárme lo jamás, porque desde esos valores ella y él, queriendo o no, me enseñaron a plantarme en la vida.

Estrechamente relacionadas con las bondades que he encontrado en la religión católica inculcada y practicada por mi familia, están algunas formas que entiendo como de reencontro y de celebración, y puedo hacerlo de este modo no sólo por el catolicismo, sino por lo que, en términos antropológicos, se ha llamado sincretismo religioso. Es decir, la mezcla entre la religión católica impuesta por los españoles y las creencias “propias” de mi ser indígena. Resultado de esta combinación, es que, para mí, ser católica tiene sentido no sólo por las experiencias vividas directamente con mi familia, sino por aquellas situaciones de las que no tengo certeza pero que siento.

Me refiero particularmente a los días de Todos Santos o Día de Muertos, en los cuales, al igual que cuando íbamos a la feria, mi padre se portaba bien y todas/os estábamos aparentemente contentas/os. Además, fruto de la tradición indígena en que crecí, fueron momentos en los que sentí que podía reencontrarme con mis dos hermanos, con mi hermana, estar con mis abuelas y con mis abuelos, ya muertas/os. Recuerdo que en estos días la organización familiar era simplemente hermosa, pues mientras papá y mamá compraban cosas para la ofrenda, mi hermana o yo íbamos al molino y hacíamos memelas. Ayudábamos a mamá a preparar la comida, mientras que yo, o quienes fueran las/os más pequeñas/os en la casa, se encargaban de cortar flores en el campo para hacer el “caminito” desde la entrada del patio de la casa hasta la ofrenda. Sigo siendo católica porque creer en esta religión y en las costumbres de mi comunidad me permite sentirme conectada con toda mi familia, viva o muerta. Sigo siendo católica porque, de no serlo, todo lo que he escrito perdería sentido, por lo tanto, necesito ambas tradiciones, pues finalmente a ellas me debo.

Así pues, a partir de los recuerdos emanados de las experiencias vividas con mi familia me encuentro y me puedo decir católica, con esto aprendí a serlo y, desde esas experiencias, entiendo que abracé el catolicismo como parte de mí. En concordancia y discordancia con esto, sigo siendo católica porque también, pese a las múltiples reflexiones que hago al respecto, no puedo desprenderme de la religión, pues es la base metafísica sobre la cual mi familia cimentó mi vida.

Es precisamente esta creencia la que hace posible que posea y viva con una tradición que no sólo está llena de dominio y subordinación, sino que también me provee de esperanzas. Percibir la religión católica en términos lineales, y quizá superficiales, no sirve de mucho si lo que queremos es cuestionarla y, sobre todo, transformarla. Más bien, debemos tratar de encontrar la raíz del porqué la religión católica, o sus representantes en la tierra, han desplazado a las mujeres y han colocado a los varones en un lugar con autoridad y poder sobre todos los demás. Pienso que intentar ir a la raíz del porqué la exaltación de los varones sobre las mujeres puede ayudarnos, si no para cambiar el mundo, por lo menos para vivir más tranquilas con nosotras mismas a partir de los puntos de fuga en esto que puede verse solamente como imposición, dominación, control e, incluso, posesión de las mujeres, pero que puede darnos también posibilidades.

Así pues, considero que esta tradición católica en la que he vivido, no me ha implicado subordinación porque esté en su naturaleza subordinar a las mujeres, sino porque quienes se han atribuido el poder, así lo han instaurado, normalizado, naturalizado y legitimado. Son estas personas mortales quienes discriminan, oprimen y usan no sólo a las mujeres sino a otros grupos, como ocurrió en la Colonia, cuando los españoles, aprovechándose de las creencias de las/os indígenas, no sólo saquearon sus riquezas, sino que las/os

evangelizaron, enalteciendo a un Dios católico sobre sus propios dioses. No sólo les quitaron bienes materiales, también pretendieron arrancar su fe en esos dioses para que la depositaran en un dios católico; sin embargo, pese a sus intentos de evangelización y las múltiples matanzas y persecuciones que han hecho en nombre de Dios, no han logrado borrar esa fe precolombina de la que me considero heredera.

En todo caso, los responsables de estas matanzas son quienes las ordenaron y ejecutaron, que fueron hombres y no Dios. Éste es mi punto de vista, que desde luego no tengo forma de probar; sin embargo, tampoco habría manera de probar que Dios ordenó matar, perseguir y condenar a mujeres y hombres en su nombre.

La subordinación que podamos asociar a la religión católica es de tal naturaleza en sí misma que puede entenderse como resultado del manejo del poder detentado por los representantes de la institución religiosa católica. Pero, por otro lado, una vez constatado que, en efecto, existe subordinación emanada de la religión católica, no debemos permanecer pasivas/os ante ella, hay que buscar en sus raíces la forma de erradicarla.

Con el señalamiento anterior quiero enfatizar que la religión católica ha sido construida moralmente considerando aspectos de índole social, cultural, política y económica; “propios” de cada sociedad en momentos determinados. Es decir, la religión católica y la forma de profesar esa fe responde a la forma en que ha sido construida por las personas, tanto varones como mujeres. Por tanto, han y hemos sido las personas quienes la interpretamos, porque somos quienes la vivimos y, con gran frecuencia, la necesitamos y hemos construido y seguido construyendo diversas formas de practicar la fe en la religión católica.

No obstante, tenemos nuestras propias formas de creer en Dios. A pesar de ser personas diversas que viven en lugares

y momentos diferentes en la historia, hay cuestiones que permanecen, entre ellas la subordinación, la exclusión, la cosificación e, incluso, la satanización de las mujeres; y son estas situaciones en las que hay que fijarnos y preguntarnos por qué continúan, a qué intereses responden, etcétera.

Lo que la historia nos deja ver claramente es que la institución religiosa católica se ha construido en clave patriarcal, representando y exigiendo de las mujeres sumisión, servicio y compañía para el disfrute de los varones. No se trata de acabar con el catolicismo o de quitar poder a los varones, sino de desmontar la estructura patriarcal que ha permanecido como base en la construcción social de la práctica de la fe de las/os católicas/os, no sólo por el bienestar de las mujeres, sino para construir y practicar esta fe de manera diferente; de modo que vivirla resulte más equitativo para todas las personas, sin que su género, clase social, etnia, edad, orientación o preferencia sexual, escolaridad o lugar de residencia, entre otros elementos, sean las condiciones sociales que determinen ser o asumirse como católica/o. Porque, además ¿quién estaría autorizada/o para decirnos cuál es la forma correcta de ser católica/o?

Así, sigo siendo católica no sólo porque se me prometa tener una vida mejor en el cielo después de mi muerte, sino porque pienso que ser católica no es sinónimo de sumisión o tontería. Cada persona puede llenar de contenido su forma de creer y apropiarse de distintos elementos que le den sentido a su vida, sin que ser católica/o implique tener problemas existenciales. No me veo a mí ni a las demás personas católicas como víctimas de la opresión que ha sido construida. Ser víctimas significa quedarse sin hacer nada y aceptar lo que nos suceda sin cuestionarlo siquiera, por esto prefiero pensarnos como personas con capacidad de agencia para vivir su vida en el día a día, y en particular para decidir sobre

su fe y cómo practicarla. El problema no es ser católica/o, sino la actitud y el posicionamiento que adoptemos: ¿hay formas de darle un significado propio que no se desvincule de la espiritualidad católica?

Si yo estuviera convencida de que ser católica es aceptar la subordinación sobre mí por ser mujer, indígena y pobre, simplemente no lo sería, pero dadas las circunstancias en que he vivido, ser católica/o puede ser diferente a lo tradicionalmente impuesto. Entonces, para vivir este ser católica/o, es necesario eliminar las subordinaciones por las consecuencias que ha tenido en perjuicio no sólo de las mujeres, sino también de las personas pobres, cuya opresión, desigualdad social, y con frecuencia condena, se han tratado de instaurar y naturalizar como requisitos de sufrimiento necesario para entrar al cielo, ser felices y vivir eternamente.

Con esto no quiero decir que cada quien crea lo que se le ocurra en cuanto a la religión católica. Debe haber un punto en común y puede ser a partir de la construcción y conservación de una espiritualidad dentro de nosotras/os mismas/os con Dios. Además, no podríamos dejar de tener un punto de confluencia, puesto que somos entes que vivimos en una sociedad y, por lo tanto, no estamos desvinculados de ésta, sino en constante interacción y, por ello, representamos su síntesis.

Así, puedo decir que lo que me mantiene en la religión católica (que no en la Iglesia) es mi fe y la conexión que encuentro con mi familia a partir de ella.

HACIA UNA TEOLOGÍA
DE LA LIBERACIÓN FEMENINA

Sonia Corral Villar

Lo tengo comprobado. Es poco probable que una monja se suba a un autobús o un tren de largo recorrido en el que yo viaje, pero cuando una de ellas entra por la puerta automática, seguro, seguro, que se sienta al lado o enfrente de mí.

Ya siento su mirada inquisitiva... Está claro que quiere hablarme... Me hago la loca, pero es inevitable: ya he caído en sus redes. Un sentimiento de culpabilidad ya olvidado vuelve a mí y no lo puedo evitar. ¡Jesús, qué cruz!

En mi cabeza empiezan a agolparse recuerdos de mi infancia y adolescencia. Me duelen los pies con los zapatos de domingo en esas misas incomprensibles y eternas mientras el frío me cala los huesos. A la catequista ya se le está acabando el repertorio de respuestas mecánicas, así que mejor me dejo de tanta pregunta y me quedo calladita si quiero vestirme de comunión.

Y la etapa más tenebrosa, la que me hizo renegar e incluso odiar la religión: el internado y sus cinco rezos diarios, las insoportables jornadas de reflexión sobre el aborto y la sexualidad y, especialmente, el miedo a que las monjas se metieran en mi habitación por la noche... Ahí ya no había vuelta atrás.

Hoy en día, está claro que no voy a misa. Por supuesto que no me he casado por la iglesia. Mi hijo no está bautizado —faltaría más—. Obviamente, he incumplido los preceptos católicos que me inculcaron y, *para más INRI*, me declaro

públicamente agnóstica..., pero el sentimiento de culpa sigue ahí: ¿qué poder tan extraordinario tienen ellas sobre mí?

Es ahora cuando me planteo si una persona educada en una cultura y unos valores religiosos puede dejarlos de lado por pura convicción. ¡Pues claro que no! Y eso lo sufro en mis propias carnes, particularmente cuando veo a una monja. Éste es mi castigo por ser una chica mala: aunque yo no me considere católica, mi moral sí lo es.

Este pasado me condena a tener una conciencia cristiana, católica, apostólica y romana. Además, la Iglesia ya me cuenta entre sus filas por el simple hecho de haber sido bautizada. Ésta es una trampita para aumentar el número de seguidores que utiliza la institución católica y que, a partir de ahora, la designaré como el ENTE, Establecimiento que No Te Entiende, un acrónimo masculino más adecuado para este organismo obsoleto.

Sin embargo, las estadísticas no engañan, nuestra religión está en declive. En el mundo hay cerca de 1 200 millones de católicos y casi 40% de ellos vive en Latinoamérica. Pese a estos datos tan abrumadores, la religión católica cayó 13% entre 1995 y 2014 en América Latina, su baluarte. El descenso en el número de fieles es un fenómeno mundial.

Los números en España son brutales, *están hechos un Cristo*. A pesar de que tres de cada cuatro españoles se considera católico, 65% no acude a misa casi nunca: se consideran católicos no practicantes. A lo anterior hay que sumar que la población que confiesa esta religión está conformada principalmente por mujeres, personas mayores, de pueblos pequeños, de clase obrera y con educación primaria o secundaria.

En efecto, en Iberoamérica muchos se autoproclaman católicos por una mera pose, por tradición o porque ni siquiera se plantean pensar racionalmente en el alcance de sus

creencias. La mayoría somos mujeres, muchas de ellas devotas de un ENTE patriarcal que nos impone unas directrices desiguales en comparación con los hombres, y que nos tiene asignado un papel con base en nuestro sexo. Ser católica por designación no conlleva grandes compromisos, pero creer y servir al ENTE sí genera un grave problema e impide tener una mínima conciencia feminista.

Una sociedad que se dice civilizada debería ser más crítica con una institución que discrimina a las mujeres al otorgarles un papel meramente pasivo. Pero, ¿se puede ser católico y querer cambiar un ENTE, que presume de no ser democrático? “Si no te gusta, vete”, dicen muchos. Otros retan: “Que funden su propia religión”. Nos proponen *desnudar a un santo para vestir a otro*, pero no es tan fácil, a riesgo de que nos acusen de falta de autocontrol. Aquí pesa mucho nuestra educación, la presión familiar y unos valores culturales que han resistido la prueba de dos mil años. Además, ¿qué mejor manera que cambiar las cosas que desde dentro?

El ENTE, la llamada institución mejor organizada del mundo, lo tiene claro. Desde las doradas columnas del Vaticano, la Iglesia católica limpia su imagen con un papa más “progre”, pero sigue en su empeño de no adaptarse a los nuevos tiempos y mantiene el papel sumiso del “sexo débil”.

Juan Pablo II, en un párrafo de su *Carta a las mujeres*, explica que si Cristo “ha confiado solamente a los varones la tarea de ser icono de su rostro de pastor y de esposo de la Iglesia a través del ejercicio del sacerdocio ministerial, esto no quita nada al papel de la mujer”. ¡No, qué va! Asegura el denominado “Papa viajero”, que estas distinciones “no deben interpretarse a la luz de los cánones de funcionamiento propios de las sociedades humanas, sino con los criterios específicos de la economía sacramental, o sea, la economía de signos elegidos libremente por Dios”.

El papa polaco considera que en la Iglesia del tercer milenio “no dejarán de darse ciertamente nuevas y admirables manifestaciones del genio femenino”, refiriéndose a las mártires, santas, místicas insignes y a las que “han emprendido iniciativas de extraordinaria importancia social, especialmente al servicio de los más pobres”. Y, para colmo, señala que la mujer “ve al hombre en su grandeza y en sus límites” y trata de “serle de ayuda”. Tenemos que ayudar a los hombres porque nos lo dice Dios, y servir a los más pobres: ésta es la visión de un papa que se nos ha vendido como pionero de los derechos humanos de la mujer.

Benedicto XVI pasó por el ministerio papal *sin pena ni gloria* y reforzó la “interpretación feminista” de su antecesor. Advirtió del riesgo del individualismo, ya que “cuando el hombre o la mujer pretenden ser autónomos y totalmente autosuficientes, corren el riesgo de encerrarse en una auto-realización que considera como una conquista de la libertad la superación de todo vínculo natural, social o religioso, pero que en realidad se reduce a una soledad opresora”.

El ahora papa emérito, desde su pasado en las juventudes hitlerianas y su feroz crítica a la homosexualidad, señaló que “todavía hoy persiste una mentalidad machista, que ignora la novedad del cristianismo, que reconoce y proclama la igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre”. ¿La misma responsabilidad y dignidad? Ya te hemos calado, Ratzinger, no podría ser de otra manera con esa carita de pillín: *A Dios rogando y con el mazo dando*.

Y como colofón, la gran esperanza de Iberoamérica, a pesar de que el evangelio de San Mateo advierte que “nadie es profeta en su tierra”: el papa Francisco. Su carisma le ha transformado en pocos meses en uno de los líderes más influyentes del mundo y advierte de que uno de los peligros que mortifica a la mujer es “promover una especie de

emancipación que, para ocupar los espacios tomados por el masculino, abandona el femenino, y lospreciados rasgos que lo caracterizan”. No sé qué miedo les dan unos conceptos tan positivos como emancipación o libertad.

“Sufro, y os digo la verdad, cuando veo en la Iglesia o en algunas instituciones eclesiales que el papel de la mujer queda relegado a un papel de servidumbre y no de servicio”, se lamenta el sumo pontífice argentino. Nos propone que seamos servidoras y no sirvientas, un eufemismo en toda regla para los que vivimos en el tercer milenio.

En la ceremonia de elección del primer papa jesuita, mientras la chimenea de la capilla emitía, a la tercera votación, la fumata blanca, en la plaza de San Pedro también se liberó una simbólica fumata rosa. *Nuestro gozo en un pozo*: el último relevo, aunque con mejores formas, ha frustrado las expectativas de los movimientos católicos femeninos y feministas.

Wojtyla, Ratzinger y Bergoglio hasta ahora, no dieron ningún paso significativo para satisfacer las reivindicaciones de los colectivos religiosos de mujeres, cada vez mejor organizados. Los últimos sucesores de San Pedro al frente del ENTE, además de tener apellidos impronunciables, son *más papistas que el papa*. Para justificar la desigualdad de la mujer, se remiten a la voluntad de Dios, a su palabra expresada en la Biblia y a los teólogos de la historia de la cristiandad.

El libro más vendido de todos los tiempos ordena en su “Carta a los Corintios”: “Hagan como se hace en todas las iglesias de los santos: que las mujeres estén calladas en las asambleas. No les corresponde tomar la palabra. Que estén sometidas como lo dice la Ley, y si desean saber más, que se lo pregunten en casa a su marido. Es feo que la mujer hable en la asamblea”.

En las “Epístolas a Timoteo”, la Biblia insiste en el silencio de las mujeres y en su entera sumisión: “Pues no permito a

la mujer enseñar ni tomar autoridad sobre el marido; mas estese callada. Ya que Adán fue formado el primero, y después Eva. Y además Adán no fue engañado, mas la mujer, engañada, fue causa de la prevaricación de la caída en el pecado. Verdad es que se salvará por medio de los hijos, si persevera en la fe y en la caridad en santa y arreglada vida”.

“Es Eva, la tentadora, de quien debemos cuidarnos en toda mujer... No alcanzo a ver de qué utilidad puede servir la mujer para el hombre, si se excluye la función de concebir niños”, subraya san Agustín de Hipona. Considerado el máximo pensador del cristianismo del primer milenio, este santo propone que las mujeres “no deben ser iluminadas ni educadas en forma alguna. De hecho, deberían ser segregadas, ya que son causa de insidiosas e involuntarias erecciones en los santos varones”.

Ya en el siglo XIII, santo Tomás de Aquino, doctor de la Iglesia por sus aportaciones metafísicas a la teología, se refiere así a la mujer: “Es defectuosa y mal nacida, porque el poder activo de la semilla masculina tiende a la producción de un perfecto parecido en el sexo masculino, mientras que la producción de una mujer proviene de una falta del poder activo”.

La reforma de Martín Lutero en el siglo XVI tampoco aporta buenas nuevas para las mujeres. “Así ven ustedes cómo son débiles y poco saludables las mujeres estériles; aquéllas bendecidas con muchos niños son más saludables, limpias y alegres. Pero si eventualmente se agotan y mueren, no importa. Que mueran dando a luz, que para eso están”, anuncia el teólogo alemán. El precursor del luteranismo asegura que las niñas empiezan a caminar y a hablar antes que los niños “porque la maleza crece siempre más rápido que las buenas semillas”.

La visión despectiva respecto a la mujer por parte de los hombres del ENTE no cambió mucho en el siglo XX, como

demuestra Federico Arvesu en *La virilidad y sus fundamentos sexuales*. Este médico jesuita concluye en su análisis que el organismo de las mujeres “está dispuesto al servicio de una matriz; el organismo del hombre se dispone para el servicio de un cerebro”.

Estas palabras son todo un “tesoro” de nuestra tradición cristiana, pero no metamos más el dedo en la llaga. Ni la Biblia, ni los pasados pensadores sabían que a finales del XIX un movimiento social, en reivindicación de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, consiguió y sigue buscando un mundo más justo.

Resulta incomprensible que los sumos pontífices no hayan observado que el feminismo coincide en sus objetivos. Aun así, entiendo que el cargo de papa lleva implícito el continuismo de un ENTE patriarcal y no tiene que ir a remolque de lo que impongan los nuevos tiempos, pero si quieren que el ENTE dure otros dos mil años más, las cosas van a tener que cambiar.

Hay que reconocer al ENTE una evolución histórica, si no a favor de la mujer, por lo menos no en contra de ella. Ya pasaron los oscuros tiempos de la Inquisición, que se cebó en las brujas (léase mujeres). Eran herejes por sus conocimientos médicos o por la simple expresión de su femineidad, y millones de ellas fueron condenadas a aberrantes torturas o a la purificadora muerte en la hoguera.

El ENTE también ha mantenido a lo largo de la historia una situación privilegiada en el ámbito económico, político y social. Dicen las malas lenguas que posee el segundo tesoro en oro más grande del mundo —sólo por detrás de Estados Unidos—. Se ha adaptado a los nuevos tiempos con inversiones bancarias y acciones en corporaciones internacionales, hasta tal punto que en Wall Street es considerado el más grande corredor de bolsa del mundo. Y esto

a pesar de que Timoteo señala: “El dinero es la raíz de todos los males”.

Si bien es verdad que hoy en día en Iberoamérica sólo Costa Rica y República Dominicana son estados confesionales católicos, según su Constitución, los representantes políticos de turno, y por lo tanto sus países, están en connivencia con la estructura católica. En todo acto solemne tiene que estar presente el ENTE y los jefes de Estado de América Latina se mueren por una foto con el papa.

Estos mismos dirigentes políticos miran a otro lado cuando se trata de recaudar impuestos por los bienes inmuebles del ENTE: miles de iglesias, conventos, colegios y otras propiedades atesoradas por la Santa Sede, que no sólo es titular del Estado del Vaticano, sino de uno de cada tres inmuebles de la ciudad de Roma.

El ENTE sigue muy presente en Iberoamérica y así seguirá durante algunas generaciones más, porque domina el activo que marca la cultura y los valores de nuestra sociedad: la educación. ¿Quién no ha asistido a una escuela católica o ha colaborado en una asociación vinculada?, ¿quién no ha participado en acciones solidarias lideradas por el ENTE?

La educación católica aporta principios morales, cívicos, buenos modales y respeto, y hemos de reconocer que ha hecho de muchas de nosotras profesionales prestigiosas, independientes y fuertes. Sin embargo, también nos adoctrina desde la infancia para asegurarse el mayor número de seguidores, en vez de esperar que uno decida por sí mismo sus ideas religiosas.

A nosotras, que arrastramos una suciedad intrínseca; a nosotras, las culpables del pecado original, también nos han educado para realizar la función de sirvientas, perdón, de servidoras. El papel femenino en el ENTE es así de especial: como seres pasivos y sumisos que somos, tenemos que ejercer la caridad y la humildad, en silencio.

En primer lugar, la humildad no está reñida con la inteligencia y el poder, y en segundo, no soporto el concepto de caridad, que tiene que ver más con la compasión o la lástima, que con la solidaridad o la justicia social. Que me perdone Cáritas, que fue la primera organización española internacional en tener una mujer como presidenta, pero yo le cambiaría el nombre.

Ya sé que por esos mundos de Dios, en muchas otras religiones, la mujer es tratada como ganado, pero esto no quita que se reconozca que la mayoría del trabajo que realiza el ENTE lo hacen mujeres. Este reconocimiento tendría de ser remunerado económicamente, porque los hombres, aunque son mucho menos, generalmente sí que son retribuidos por su trabajo, basado casi siempre en tomar decisiones. Nadie me negará que el trabajo no remunerado es invisible y no tiene ningún prestigio.

La experiencia creyente de las mujeres resulta especialmente afectada por la posición del ENTE en asuntos tan sexualmente femeninos como el uso de anticonceptivos y el aborto. Aquí es donde, para mi gusto, se produce una ruptura irreconciliable no sólo con las mujeres, sino con la mayoría de la sociedad en general, y con la lógica en particular.

El mejor método anticonceptivo es evitar las relaciones prematrimoniales y después, a procrear sin límites, propone el ENTE. Pues seguro que sí, pero díganse a los millones de africanos que han muerto de sida. Y sigue, erre que erre, ya no sólo en contra de las medidas de control de la natalidad, sino favoreciendo la propagación de enfermedades de transmisión sexual, a pesar de las campañas de muchas organizaciones humanitarias y de la propia ONU.

Ahora, si hablamos de aborto, a mí se me abren las carnes, pero más aún se altera el ENTE todopoderoso, que lo castiga con la mismísima excomunión. En México tienen la suerte

de que el cardenal Norberto Rivera otorgara a todos los sacerdotes del país la facultad de absolver a las mujeres que cometieron este grave pecado, eso sí, solamente en periodo de Cuaresma.

El aborto terapéutico, cuando la vida de la mujer pelagra durante el periodo de gestación o el feto es inviable, y el aborto denominado "sentimental", cuando el embarazo es producto de una violación y supone para la mujer una enorme carga psicológica y física, son rechazados por el ENTE, que erigiendo la bandera del derecho a la vida, nos pone en riesgo de muerte o nos parte la vida en dos. ¿Es o no para poner el grito en el cielo?

Muchas deseamos y necesitamos vivir nuestra sexualidad antes o fuera del matrimonio, pero de todo hay en la viña del Señor. Sin ir más lejos, hace pocos meses fue noticia en algunos informativos y periódicos el éxito de ventas del libro de la escritora Constaza Miriano, con el inequívoco título *Cásate y sé sumisa*. En él propone que nos apartemos de la lógica de la emancipación porque el papel del hombre "es encarnar la guía, la norma, la autoridad", y el de la mujer, "acoger la vida".

Pero si la sumisa autora italiana es noticia porque su visión es sorprendente o inhóspita, no más extraordinarios son los incansables esfuerzos de asociaciones femeninas o feministas que, dentro del ENTE, se atreven a romper el silencio impuesto. Ellas son capaces de defender la igualdad de las mujeres dentro de una institución misógina y sacan fuerzas, no sé de dónde, para seguir luchando por sus derechos en un ambiente muy hostil.

En el Nuevo Testamento Dios es padre de Jesucristo, que únicamente llama a varones para ser sus representantes, y en esto se escuda la visión patriarcal y se basan las representaciones pictóricas del Creador. Por su parte, muchas teólogas

feministas se refieren al Génesis, en el que Dios creó a Adán y Eva “a su imagen y semejanza”, como una visión en la que el género del Señor no está definido. Pensar en una diosa es toda una blasfemia, así que convengamos en que Dios no tiene sexo y, por lo tanto, tampoco género.

La teología feminista busca un papel justo para la mujer en la historia y su aportación a la religión, pero ya no sólo de santas conocidas, sino de mujeres cristianas que aportan cosas espléndidas. Las teóricas consideran que a pesar de que el ENTE es mayoritariamente femenino en sus cuadros, la ausencia de las mujeres en la toma de decisiones y su escasa visibilidad empobrece enormemente la institución.

Pero esto no es llegar y besar el santo. Algunos señalan que las feministas quieren parecerse al hombre para quitarle su poder. Se ridiculizan sus aportaciones para deslegitimizar su trabajo, como ya lo hicieron contra las mujeres que lucharon para poder votar, las sufragistas. A pesar de que son ya muchos años de reivindicaciones negadas, hay muchos ejemplos de asociaciones y de colectivos muy activos y con las ideas bien claras.

Es el caso de la Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir, presente en varios países, que reivindica los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres: “Sin los derechos de las mujeres, los derechos no son humanos”, “María fue consultada para ser madre de Dios”, “La libertad de conciencia es un valor católico”; son algunos de los mensajes que aparecen intermitentemente en su página web.

Si las mujeres latinoamericanas hicieran una huelga, las iglesias se quedarían casi vacías. Para hacernos una idea, recordemos la película *Un día sin mexicanos*, pues así como los latinoamericanos son importantísimos para la economía de Estados Unidos, las mujeres son los pilares que sostienen al ENTE. ¡Menuda paradoja!

En la vieja Europa, un grupo de católicas catalanas va un poco más allá. El Colectivo de Mujeres en la Iglesia (Col·lectiu de Dones en l'Esglesia), denuncia que el ENTE no respeta los derechos humanos que tanto proclama para los demás. Estas mujeres profundamente católicas quieren “vivir la fe de manera adulta y responsable, con espíritu libre, crítico y constructivo” y reclaman “un cambio en la actitud negativa que tiene la Iglesia, en especial la jerarquía, hacia las mujeres”.

Se sienten con derecho a solicitar la paridad en la institución católica, piden un nuevo lenguaje y una renovada evangelización, e incluso demandan al ENTE que acabe con la discriminación de la mujer y, por lo tanto, permita su acceso al sacerdocio. Una de las dirigentes de la asociación, Dolors Figueras, se avergüenza “porque nuestra Iglesia está haciendo el ridículo. Debe ser ya la única institución del mundo, al menos en el ámbito occidental, que sigue marginando a las mujeres”.

Es de alabar el mérito de la Unión Internacional de Superiores Generales, un organismo de dirigentes de congregaciones cuyo fin es promover el conocimiento de la vida religiosa. Aunque a mí las monjas me dan un poquito de *yuyu* por mi traumática adolescencia, desde luego que hay que reconocer su valentía al enviarle una carta recientemente a Su Santidad.

En esta misiva sugieren al papa Francisco el nombramiento de mujeres para ocupar puestos de toma de decisiones de alto nivel dentro de los organismos especializados de la curia romana, para participar en los sínodos y otros lugares de diálogo crítico, e incluso para intervenir en la formación de los seminaristas, “para que los futuros sacerdotes tengan una mejor comprensión de la psicología de las mujeres y también de la vida religiosa femenina”.

Donde tenemos que entonar un “guau”, que en este caso sería “wow”, es en el trabajo realizado por el movimiento

internacional Ordenación de Mujeres en el Mundo (Women's Ordination Worldwide). Este importante colectivo de religiosas, liderado por las estadounidenses, trabaja "por la igualdad y la ordenación de las mujeres en la Iglesia católica", a pesar de que el ENTE ha prohibido oficialmente este último punto.

El movimiento se articula en una red ecuménica de organizaciones de todo el mundo que incluso se atreve a "desafiar la discriminación global contra las mujeres en la Iglesia católica romana". Siguen el ejemplo de los cristianos anglicanos que no solamente tienen mujeres sacerdotes, sino también, desde el año pasado, su primera obispa, y desoyen a los agoreros que anuncian que su lucha será el fin del ENTE.

Su enfrentamiento es directo con la visión de los sumos pontífices y del propio Código de Derecho Canónico de 1917, aún vigente en este aspecto, que establece que para ser cardenal "hay que ser varón y al menos sacerdote". El papa Juan Pablo II, en su carta apostólica *Ordinatio Sacerdotalis*, sostiene que no es admisible ordenar mujeres para el sacerdocio con el manido argumento de las Sagradas Escrituras: "De acuerdo con el Plan de Dios para su Iglesia". Benedicto subraya que la carta de su antecesor "tiene carácter de infalibilidad" y el papa latinoamericano concluye que "la puerta está cerrada".

Ante esta respuesta, el movimiento Ordenación de Mujeres en el Mundo contesta con un nuevo reto. En estas fechas, próximas a la conmemoración del vigésimo aniversario del famoso *Ordinatio Sacerdotalis*, invita a todos y a todas a entrar en acción escribiendo una carta dirigida al papa Francisco.

En conclusión, ante el declive del catolicismo en Iberoamérica, las mujeres católicas, ya sea por convicción o por designación, necesitamos desempeñar un papel más activo en el ENTE, de acuerdo con los tiempos en que vivimos. Son tiempos en los que cualquier mujer tiene una mínima

conciencia feminista y nuestra religión no tiene que ser un freno para nuestro desarrollo como personas.

Ya no nos sirven los argumentos anacrónicos de las Sagradas Escrituras o de los teólogos católicos. Los máximos representantes del ENTE en este mundo dicen que no tienen autoridad para cambiar la palabra de Dios, pero nosotras tenemos otra interpretación de esa palabra.

Empecinarse en una tradición machista y que el propio Dios consideraría enemiga de su mensaje, es un insulto a la inteligencia de toda mujer católica. El ENTE no ha querido resolver nunca este tema porque su evolución no ha sido paralela a la de la sociedad, y su actitud se define en una palabra: miedo.

Miedo al cambio, miedo a la evolución y miedo a la mujer. Miedo a que decidamos tener o no hijos. Miedo a que revitalicemos y renovemos el catolicismo. Miedo a que nos ordenemos como sacerdotes, a pesar de que la Iglesia anglicana ha demostrado que no se hunde el mundo. De hecho, actualmente está ordenando a más mujeres que a hombres.

No obstante, creo que este cambio se ha de hacer desde dentro y por los que están involucrados. No caben revoluciones ni imposiciones externas. Los colectivos feministas católicos llevan muchos años pidiendo que el ENTE respete los derechos humanos de las mujeres creyentes. Y cada vez son más las teólogas y los teólogos que se adhieren a esta corriente.

Si la teología de la liberación tuvo que romper las cadenas vaticanas para comprender a América Latina y convivir con la pobreza y luchar contra la opresión, ¿no es necesaria ahora una corriente teológica por la dignidad de la mujer y su liberación dentro de las estructuras católicas?

En esta teoría de la liberación femenina, el ENTE tendría que soltar ese lastre e incluso convertirse en un signo de

liberación para las mujeres, porque muchas ya nos hemos visto obligadas a elegir. Hemos preferido ser fieles a nosotras mismas como mujeres y dejar a un lado las creencias católicas, antes que adaptarnos a lo establecido sin estar conformes con nuestra propia forma de vivir.

Si este movimiento consigue que el ENTE se reconcilie con las mujeres, estoy segura de que su fuerza no estará en el poder, la tradición, la cultura o la educación, sino en la propia credibilidad de la institución, así como en el convencimiento de nuevos católicos practicantes.

“Donde reina la mujer, el diablo es el primer ministro”.
Refrán

REFERENCIAS

- EFE, *El Comercio*, Lima, “El catolicismo cae 13% en América Latina entre 1995 y el 2014”, <<http://elcomercio.pe/mundo/latinoamerica/catolicismo-cae-13-america-latina-entre-1995-y-2014-noticia-1723362>>, consulta: 16 de junio de 2014.
- Embid, Julio, *eldiario.es*, “España ha dejado de ser católica practicante”, <http://www.eldiario.es/sociedad/Espana-dejado-catolica-practicante_0_249875385.html>, consulta: 16 de junio de 2014.
- Juan Pablo II, “Carta de Papa Juan Pablo II a las mujeres”, <http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women_sp.html>, consulta: 5 de junio de 2014.
- Mújica, Jorge Enrique, “Benedicto XVI y la mujer”, <<http://es.catholic.net/mujer/463/998/articulo.php?id=31996>>, consulta: 5 de junio de 2014.
- TeleSUR- AFP- EFE/ df-LP, “Papa Francisco destaca rol de la mujer dentro de la Iglesia Católica”, <<http://www.telesurtv.net/>

- articulos/2013/10/12/papa-francisco-defiende-papel-de-la-mujer-139.html>, consulta: 5 de junio de 2014.
- “Frasas memorables de religiosos”, <<http://www.sindioses.org/frases.html>> consulta: 7 de junio de 2014.
- “Frasas machistas y misóginas de personas religiosas y libros ‘sagrados’”, <http://www.mujerpalabra.net/pensamiento/critica/frasesmachistasymisoginas_relig.htm>, consulta: 7 de junio de 2014.
- “Estado confesional”, <http://es.wikipedia.org/wiki/Estado_confesional>, consulta: 12 de junio de 2014.
- “La Iglesia católica enseña a la mujer a ser ‘obediente y sumisa’”, <http://www.elperiodicomediterraneo.com/noticias/sociedad/iglesia-catolica-ensena-mujer-ser-obediente-sumisa_845487.html>, consulta: 7 de junio de 2014.
- Vidal, José Manuel, “Mujeres en la Iglesia católica, una mayoría silenciada”, <<http://www.elmundo.es/elmundo/2012/10/05/internacional/1349438936.html>>, consulta: 30 de mayo de 2014.
- Red Latinoamericana de Católicas por el Derecho a Decidir, <<http://catolicasporelderechoadecidir.net/inicio.php>>, consulta: 18 de junio de 2014.
- Col·lectiu de Dones en l’Esglesia, <<http://www.donesesglesia.cat/indice.htm>>, consulta: 20 de junio de 2014.
- Unión Internacional de Superiores Generales, <http://media.wix.com/ugd/0a71a9_61bf067a5dce43a5b1728f9e77b5224c.pdf>, consulta: 27 de junio de 2014.
- Requena, Mario, “El rol de la mujer en la Iglesia Católica (Parte II)”, <http://www.schvivo.com/index.php?option=com_content&view=article&id=2248:el-rol-de-la-mujer-en-la-iglesia-catolica-parte-ii&catid=35:mario-requena-pinto&Itemid=5>, consulta: 2 de junio de 2014.
- Women’s Ordination Worldwide, <<http://womensordination-worldwide.org/>>, consulta: 2 de junio de 2014.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en noviembre de 2014

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Carmina Md BT en tamaños
9, 10, 11, 11.5, 12, 13, 18 y 24 puntos

Editado por
DEMAC